Tomo 7 REPERTORIO AMERICANO Núm. 11

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 3 DE DICIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El empréstito mortal

Nueva York, 23 de octubre de 1923.

PARA los países débiles de la América Central el problema de la soberanía va reduciéndose a conservar una paz interior basada en la justicia, para evitar el entrometimiento del imperio vecino, y a vivir sin empréstitos de Wall Street. Todo empréstito de Wall Street es peligroso, aun en el caso en que la nación que contrae la deuda tenga una sana organización económica; pero si la admistración pública está en manos de hombres sin escrúpulos, amigos del peculado, del refocilo y del enriquecimiento personal, un empréstito de Wall Street es necesariamente mortal. Ciertos pueblos del trópico comienzan a convertirse en peones de los grandes banqueros. Muchos magnates extranjeros sacan su opulencia del trabajo de los peones pálidos y anémicos de la América tropical. Y más grave es que el dinero de los bancos del Norte suele ser el precio a que se vende la soberanía.

El semanario neoyorquino *The Nation* acaba de acusar al secretario de estado míster Hughes de manejos imperialistas, en complicidad con Wall Street, en la operación de un empréstito al Salvador, operación que *The Nation* tacha de clandestina y siniestra, alegando que en una circular enviada a los probables suscriptores del empréstito aparece estampada esta advertencia significativa: «Para uso confidencial de sólo el destinatario. No debe reimprimirse». Según los términos del contrato el agente fiscal de los prestamistas, con la anuencia del secretario de estado, nombrará el recaudador general de aduanas de El Salvador, nombramiento que se le trasmitirá al gobierno salvadoreño por órgano del departamento de estado, que es como si dejéramos el coco de las naciones del Caribe. La operación no es nueva; y aunque la prensa del matiz de *The Nation* ponga el grito en el cielo, se llevará a cabo con la mayor tranquilidad.

Los que se ocupan en dar gritos de alerta y de alarma a los pueblos del Caribe olvidan que los que allí mandan son una minoría, no de las mejores, y que los pueblos son impotentes por ignorancia; y muchos suponen que el pueblo de los Estados Unidos, por su parte, es un monstruo voraz dispuesto a devorar todas las nacionalidades débiles. En sustancia el pueblo de los Estados Unidos es víctima de la voracidad del mismo monstruo que está tragándose una por una a las repúblicas del Caribe. Unas cuantas personas de los Estados Unidos aderezan y ejecutan las maniobras imperialistas, otras pocas protestan con énfasis honrado contra la política de explotación y de subyugación económica de las naciones menores de América; pero la masa del pueblo no sabe jota de lo que acaece en las tierras del trópico americano. Desde la escuela se les inculca a los norteamericanos que nuestras tierras del trópico son comarcas ubérrimas y pintorescas, llenas de volcanes, de indios y de mulatos bárbaros y perezosos, indignos de poseer la tierra hechicera que los rodea, los bienes que la providencia ha puesto al alcance de sus manos y que ellos no saben aprovechar por ignorancia y pigricia. Por eso la gente se preocupa poco, o no se preocupa en lo mínimo, por la suerte que corran esas «republiquitas», de las cuales nunca se habla sin desdén compasivo. Por eso es fácil hacer empréstitos onerosos, enviar barcos, marinos y ametralladoras a asegurar el cobro puntual del pecho debido a los prestamistas, a garantir que los peones del trópico trabajen para los amos de la zona templada.

En tales condiciones ¿cabe dudar que los plutócratas no permitirán, mientras esté en sus manos evitarlo, la prosperidad cívica, intelectual y moral de esas naciones, ni su alianza formal para la defensa común y mutua? O para decirlo más claro, los prestamistas, para conservar clientes tan dóciles y que rinden tan pingües ganancias harán cuanto puedan para evitar que abran los ojos y que dejen de ser

(Pasa a la página 163).

Un poeta pagano

LUIS Franco acaba de conquistar con su tercera obra, el *Libro del Gay Vivir*, la fama de poeta que había empezado a ganarse con las dos anteriores, *La Flauta de Caña* y *Coplas:* mejor la primera que la segunda, para mayor inquietud...

Porque es realmente cruel la casi segura esterilidad de nuestros poetas jóvenes, después de la primera flor, quizá insegura por exótica.

Efectivamente, más filósofos que artistas, más inquietos que conmovidos, hay en todo ello algo de ideología libresca, interesante como estado de espíritu, pero nada poético en realidad. La poesía es instinto, emoción y música. El poeta, además de nacer, conforme al dicho, tiene que nacer cantor como el pájaro, y cantar sin otro motivo que el llamamiento de la Naturaleza. Lo demás es conceptismo baladí, por trascendental que parezca.

No es que yo lo reproche a nuestros poetas jóvenes, tan dueños como cualquiera de expedirse a su modo. Mas creo, y el mismo a quien me propongo celebrar merece la observación, que van tomando mal camino, por ser éste el blando declive, donde la marcha se transforma en desliz y el recreo platónico en pic-nic de telefonistas. Toda facilidad que el poeta se concede por impaciencia o ineptitud es cobardía moral y disolución de la personalidad en el vago protoplasma de la plebe. El artista es, inexorablemente, un aristócrata por derecho de nacimiento. El destino le confirió la nobleza más respetable, porque, dada su procedencia, es la única exenta de iniquidad; pero asimismo el arduo deber de man-

tenerla valeroso. Toda nobleza se define por el imperio del valor y del deber. El artista tiene que dominar la cobardía, empezando por la más insidiosa de sus formas, que es la pereza, y comprender que no está para hacer lo que quiere, sino lo que debe. Tales son las condiciones del buen caballero. Por esto, la grande época de la caballería tuvo como tipos principales al paladín y al trovador. Y los trovadores fueron más que todos laboriosos entre los poetas. De ellos procedió el Dante, tan eminente por el genio como por la severa perfección de su disciplina, quien manifiesta en aquella estructura que dijérase de sillares visibles con los tercetos, y de heroica firmeza con el rigor trimembre de estrofas, cantos y ciclos, al cual lo sujetaba esta sentencia digna de constituir la divisa de todo artista:

Non mi lacia piú ir lo fren dell'arte (1)

Contenerse es respetarse. Y de seguro no sabe hacerlo, quien se da la complacencia de eludir lo que debe dominar.

Los miserables arbitrios que vemos multiplicarse en la composición: versos sin rima, poemitas inconclusos como renacuajos, deformación previsora de lo que iba a salir mal, no engañan sino a sus autores. El primer triunfo de un creador es el dominio de la materia. Un boceto es un propósito, no una obra. La facilidad con que el el artista nace, es una fuerza; la que a sí propio se concede, es una mengua. Cómo desenfrenarías al hipógrifo, antes de haberle puesto freno...

Este poeta Luis Franco nació con la facilidad, que es un don del ala. Canta como el pájaro, por llamamiento de la Naturaleza. Y ajeno a toda preocupación trascendental es, así, un poeta pagano. De análoga manera fuéronlo, precisamente, los trovadores, a quienes recuerda por su título el *Libro del Gay Vivir*.

Mas, el amor a la naturaleza por la naturaleza misma, o mejor dicho a la vida que el poeta halla hermosa porque despierta gratamente su emoción, es ya moderno. Esta vez aun, la poesía se ha adelantado, como siempre en la historia humana, a la ciencia y a la filosofía. El interés del hombre ante la vida, considerada como una verdadera deidad pánica cuyo sacerdote—vale decir intérprete oficiante—es él, engendra todo el movimiento humano posterior a la guerra: desenlace demasiado vasto para no resultar, a su vez, la inauguración de una era. Así el actual relativismo en las ciencias físico matemáticas cuya influencia directriz sobre los espíritus es capital, porque constituyen la organización más poderosa del pensamiento. Así el criterio creacionista o de ciclos o humanamente ilógicos, que reemplaza en historia al progresismo determinista, ofreciendo una significativa simultaneidad con el de la biología, que substituye al transformismo gradual o escalonado, por la transformación brusca e inteligible de los seres. Así la política del empirismo dictatorial, iniciada por los soviets como una aplicación de la fuerza al goce privilegiado de una clase, que no por ser la obrera es menos clase, ciertamente. Así la nueva ética, basada en el concepto religiosamente inmoral de que el objeto de la vida es vivirla. A todo lo cual téngolo llamado recobro de la norma pagana, porque ésta fué el goce de la vida sin preocupación trascendental.

(1) *Purgatorio*, XXXIII. Es precisamente, el último verso del último terceto. Antes (idem. XXIX) había declarado ya la obligación de sujetarse a su plan en el terceto 97-99.

De tal suerte, el *Sátiro* de Víctor Hugo, nada tiene de pagano. Está lleno de preocupaciones trascendentales sobre la equidad, el progresismo y el imperio de la lógica humana en el plan del universo. No es, siquiera, una entidad del Renacimiento, según lo indica su situación en la *Leyenda* maravillosa. Como un cristiano envilecido por la tristeza y por el miedo, reniega de la fuerza que es una forma de la vida triunfante. La predilección cristiana del gran poeta por la plebe, o sea una perversión del pesimismo místico que ya profesaran las órdenes mendicantes, lo lleva a encarnar el derecho y la libertad en aquel ser deforme, canalla, brutal—personificación del pueblo, según su intención visible—contra los númenes del dominio y de la belleza. No de otro modo el fanático medioeval creía hacer caridad lamiendo las llagas del leproso.

Pero nosotros ya no creemos que nuestro concepto de responsabilidad informa la evolución de la vida. Sabemos que es necio indignarse con el tigre y con el rayo. Comprendemos que en la protesta absurda de que el hilo se corte por lo más delgado, pues por ahí tiene que cortarse, naturalmente, habla el miedo de la propia delgadez.

La vida no es mala ni buena, justa ni injusta. Bajo estos conceptos, es puramente incomprensible. Lo único que podemos es sentirla hermosa cuando se nos revela bajo el aspecto de una emoción: cuando se sensibiliza en nosotros mismos. Por esto puede haber belleza en la angustia y en el dolor. El perfecto amor llora como la tristeza.

He aquí, pues, un poeta pagano que ama la vida y la canta, porque la siente bella en la delicia de su amor. No por otro motivo ni con otro fin.

Tanto la goza, con tanta sinceridad se entrega a su emoción, que canta en noble verso al propio cuerpo viviente. Es la *Loa del Cuerpo Sano*, quizá la poesía más profunda del libro. Acaso la que mejor define la índole del poeta. Y ella sola bastaría para que lo consideráramos ilustre doctor en la gaya ciencia.

Desnuda su palabra como el propio cuerpo cantado, dignifícala, no obstante, el sereno impudor de la vida. Así la tranquilidad del antiguo ante la forma sin velo es decir sin la malicia que ahuyentaban con heroico vigor los menesteres de la palestra. Así hasta en la priapea del audaz *Initus* impone la triunfante belleza de la vida en un arrebato de panteísmo lírico:

Así el eterno amor cumple su obra,
inocente, fatal, obsceno, bárbaro,
entre el rumor genuino de las rosas
y la sonrisa azul del cielo casto.

¿No es, en efecto, el mismo Sol quien exalta el ímpetu del garañón y la púrpura de la rosa? ¿Ni qué, sino una divina serenidad, ajena, por superior, a la honestidad y la impureza, infunde el dios hermoso, cuando envuelve a la tierra en su inmensa mirada azul?

De sus padres los latinos—demasiado inquieto en su emoción para ser griego—heredó este pagano el don del epigrama, en su acepción de escrito breve: es decir la facultad del poema en una o dos estrofas, por reducción a los elementos esenciales de un paisaje o de un estado de espíritu. La filiación se le nota a veces en un epíteto de rara elegancia antigua. En *Los Gozos del Verano* (I, Himno): «el populoso rumor de la alameda», es, a no dudarlo, una sugestión del parónimo latimo *populus* que significa igualmente pueblo y álamo: sabiduría sencilla y profunda a la vez, en que consiste el refinamiento del artista.

Pero, la diversidad de nuestra filia-

ción étnica y mental, pone también en algunos de sus versos una gracia bíblica. Así éste que sigue, alejandrino y endecasílabo, todo en uno, por espontánea, si no involuntaria galanura de trovador. Dijéraselo, y tal es su mejor elogio, perteneciente al Cantar de los Cantares:

Viene ya... Su andar llena de gracia los
[caminos.

Es el inicial y más bello del *Epitalamio Rústico*, otra de las poesías más hermosas del libro y una de las que desearía citar entera para perfecto gozo del lector, a no impedírmelo la relativa abundancia de sus veintiséis versos.

Veamos, en cambio, dos paisajes completos en dos estrofas. Uno del género descriptivo, otro del sugestivo, y ambos sorprendentes de amplitud y de emoción.

MOMENTO MATINAL

Un silencio clarísimo. Remotas
nubecillas de oro. Calma ufana.
Vuela, cantando, un pájaro. En las gotas
de rocío sonríe la mañana...

MEDIODÍA

Oh mediodía,
corona de oro del mundo,
equilibrio de oro del día,
profundo
diamante sin sombra, armonía
tácita y serena,
melodía
de la luz plena!

He ahí en qué consiste un poeta: en ser alguien que sabe evocar la belleza por medio del lenguaje musical, manifestando con esta armonía sensible el misterio soberano de la palabra. Veintiún vocablos bastan para darnos en la primera estrofa la impresión completa de una hermosa mañana de verano, recreándose sobre el mundo. Veinticinco tan sólo, forman la segunda, mucho más difícil de realizar, porque, si bien se ve, no es más que luz como ciertos cuadros de Turner: toda la luz de un mediodía sereno y cálido, dilatada en la inmensidad, al poder de esas veinticinco palabras comunes. Pero, si esas palabras no estuvieran colocadas así, carecerían de ese estupendo poder. Y una vez colocadas así, descubrimos que no podrían estar de otro modo, aun cuando empleáramos un siglo en intentarlo, y que fuera del poeta que las puso así, nadie sabría ponerlas. Es que todas esas palabras son exactamente útiles para su objeto; así como su aproximación para realizarlo, no la puede concebir sino quien sintió a su modo lo que con ellas nos evoca. Eso es un poeta. Y no lo es, por el contrario, aunque haga versos prosódicamente mejores, el que no sabe descubrir esa aproximación misteriosa de las palabras.

El artista completo, requiere todavía un saber natural que es el empleo de la materia suficiente; y una aspiración al infinito, que lo induce a poner cada vez más, mucho espíritu en poca materia: así, en el cuerpecillo de la alondra, la potencia del canto. Veámoslo en la sana nobleza de estos versos:

A LA ALEGRÍA

Canto a la alegría
hija del día,
compañera alada:
la alegría ligera y sagrada!

La alegría que en el surtidor
numeroso de la risa
brota, y florece en la flor
de pétalos blancos y rojos
de la sonrisa,
o, más secreta y pura, sólo brilla en los ojos.

Hasta el fondo, hasta el fondo
de mí mismo, profundamente,
cavé para hallarla. (La fuente
más clara es la que viene de más hondo).

Porque esto me enseñó la vida un día:
«Bello, sin duda, es el dolor;
pero, en verdad te digo, la alegría
[es mejor».

Y es todavía de citar la loa del agua:

Oh, agua de la acequia bienoliente, criatura
gárrula como un pájaro, como un pájaro
[viva
copias el cielo mudo y el árbol que
[murmura,
y su murmullo. Ofreces tu frescor, fugitiva.
El limo de los cerros llovidos te demuda,
pero tiemblas de nuevo limpia como una
[estrella.
Y te entregas y cantas y fugas, oh doncella,
inocente, risueña, clara, fresca, desnuda.

He ahí cómo reza la oración del agua ese poeta de la lejana Belén de Catamarca, martirizada precisamente, con la sed, por burócratas y demagogos, entregados—¡los ladrones!—al saqueo de ese tesoro humilde que engendraba viñas, higueras, rosales, hierbabuena de olor y versos de Luis Franco.

Allá fué donde éste vió llegar a la acequia aquellas *Mozas de Cántaro*, que celebra en la mejor de sus poesías: una pura delicia de sencillez, de jovialidad, de noble elegancia, de inquietud juvenil, de suavidad musical, de gracia que dijérase antigua, si no fuese eterna. Una pura delicia, capaz por sí sola de salvar el agua de Belén, imponiendo la órfica domesticidad al raposo y al lobo.

Mas, cerremos este elogio con la alabanza de la cosecha, que es también la última composición del libro y una anticipación de las próximas *Eglogas Aldeanas:* verdadero himno sagrado al trabajo de la tierra, como pocas veces se oyó, si se lo ha oído alguna vez, tan noble y puro en nuestro idioma. Verdadera voz, también, de un poeta genuinamente argentino:

Y tomando un puñado de trigo, con unción
antiquísima y honda, dije en mi corazón:
«Bendito sea el previo sabor del pan seguro
en el contento agrario como una hostia
[puro;
bendito sea el sol, nuestro buen padre y rey;
bendita nuestra reina y buena madre tierra,
y la gran mansedumbre de los ojos del buey,
y el humilde trabajo de la lombriz de tierra,
y la fiel golondrina que nos trae la lluvia,
y la hoz, corva como un ala de golondrina...
Bendita en cada grano vuestra cosecha rubia,
labradores, y vuestro vivir hondo y en calma
cual vuestro arar... Bendita la faena divina
que endurece las manos y que enternece el
[alma».

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*, Buenos Aires).

El empréstito mortal...

(*Viene de la página 161*).

clientes y dóciles. Los prestamistas moverán todos los resortes de que disponen, que son muchos y muy poderosos, para conservar en esos pueblos las condiciones de atraso que les permiten a los suscriptores de los empréstitos hacer su agosto. Ni hay esperanza visible de que semejante situación desaparezca o cambie por progreso político de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos pueden realizar fácilmente su labor de absorción en un par de siglos. Mientras Europa, ya expulsada del continente por la doctrina de Monroe, se desintegra armándose para nuevas guerras, presa de una violenta fiebre de odio, los Estados Unidos cultivan con afán sistemático la patriotería, la disciplina y la obediencia al estado, preparándose a fundar en el mundo americano un imperio sin precedentes, base y preámbulo del dominio de Europa y, a la postre, del mundo todo. Ni se diga que este sueño, por desmesurado y fabuloso, no cabe en cabeza humana: fué el de todos los conquistadores antiguos y modernos y hasta cupo en el exiguo caletre del kaiser destronado. Ni se diga tampoco que es imposible de realizar. Basta echar una ojeada al mapa de las colonias inglesas que formaron el núcleo primitivo de los Estados Unidos, y al mapa actual de los Estados Unidos y de su imperio de posesiones, colonias y protectorados, para darse cuenta de que este imperio ha crecido con más rapidez que cual-

quiera otro de los conocidos en la historia. Los Estados Unidos pueden fracasar en la empresa, pero sólo el fracaso los convencerá de que la empresa es imposible.

Es lógico el clamor de los hispanoamericanos que dan gritos de alarma ante la inminencia del riesgo, con la esperanza de que las presuntas víctimas se den cuenta del peligro y lo eviten a tiempo; pero la prédica del odio es ociosa. Se le puede predicar el odio a un pueblo como el alemán, cuyos imperialistas lo emborracharon de aborrecimiento para conducirlo al matadero. Pero el odio debilita a los débiles, porque el odio de los débiles suele estar lleno de terror. No es odio por el extranjero lo que han menester los pueblos del Caribe, sino conocimiento cabal de los propósitos del extranjero y de los medios de impedirlos.

Algunos gobiernos del trópico americano profesan la creencia—o por lo menos, proceden como si la profesaran—, de que la nación es algo transitorio y efímero, que vive con ellos y que pasará con ellos. Carecen en realidad del concepto de patria, porque olvidan, voluntariamente o no, que la nación es permanente y ellos transitorios, que el deber cardinal de toda generación es recoger la herencia de los padres y trasmitirla sin merma ni desdoro, y si es posible acrecentada y mejorada, a los hijos, que cada generación es mera depositaria del caudal de la patria. Algunos gobiernos de Centro América viven como si hubieran anunciado para mañana el fin del mundo y ellos se apresuraran a despedirse de la vida en un festín opíparo. Proceden como si la nación fuera una entidad provisional y efímera, hecha para el goce, el tráfico y la medra del grupo que gobierna. Los empréstitos casi nunca los paga la generación que los concierta y administra y a veces los despilfarra o los malversa. Quizás los políticos no se dan cuenta de que esos empréstitos disparatados equivalen, en suma, a vender el trabajo, la libertad y el decoro de su progenie y de que se infaman ellos mismos al preparar la servidumbre para sus hijos, al convertirse voluntariamente en padres de esclavos.

Hoy día el arma principal del imperialismo en la América tropical es el empréstito, con su cortejo de misiones técnicas, de recaudadores de aduanas y con la consecuente intervención directa del extranjero en los negocios domésticos del deudor. Los estados débiles lo saben y siguen solicitando los préstamos de banqueros que son agentes e instigadores del imperialismo. Se dice que los empréstitos son indispensables, que sirven para cubrir deudas inaplazables y para fomentar la explotación de riquezas naturales, y que sin el dinero de los empréstitos los países se estancarían en un atraso peligroso. Pero muchas de esas repúblicas viven estancadas, apesar de los empréstitos, y quizás a causa de los empréstitos mismos. El hecho, ilustrado ya con trágicos ejemplos de infortunio y de ruina, es que si los estados centroamericanos siguen haciendo empréstitos en Wall Street y otorgando las condiciones lesivas y onerosas que les imponen, si no encuentran otro arbitrio para poner orden en su hacienda, si no sacan de sí mismos la fuerza necesaria para imponerles decencia y austeridad a los administradores del erario, sus años están contados, y dentro de dos generaciones los hispano-americanos del trópico serán siervos del capital del norte. En cada país un grupo menguado hará buenas migas con los explotadores extranjeros, y la gran masa del pueblo sudará sobre la tierra para sostener el ocio, la hartura y el boato de señores feudales remotos a quienes los nativos no conocerán nunca. Y esto sin esperanza de remedio, porque si intentan revelarse allí está el departamento de estado que tiene a la mano una marina y un ejército formidables para inculcarles a los rebeldes, con prontitud y eficacia, la resignación y la obediencia.

JESÚS SEMPRUM

De "La palabra de Zarathustra"

(Influencia de FEDERICO NIETZSCHE *en el espíritu latino)*

El camino del super-hombre

LEOPOLDO Ziegler inquiría no ha mucho tiempo si el camino del super-hombre quedaría definitivamente despejado por la guerra y sus consecuencias. Ya antes que él, Guissepe Rensi, un tanto inquieto ante la verdad probable, se preguntaba (1) si un fracaso del idealismo crociano no conduciría a una revisión del nietzscheismo. Ambos, quizá, han tenido una visión real al descubrir el rumbo incierto de los nuevos senderos. El camino del super-hombre va despejándose a medida que se afianzan y determinan los nuevos valores humanos ante la irremisible caída de los valores de ayer. Zarathustra creó por negaciones, es decir. destruyendo. La vida ha convertido en acción sus palabras y vemos como lentamente van cristalizando en páginas de vida los símbolos del poema. Es primero la exaltación del instinto primitivo que se desarrolla con la vida militar cuando enrojecen los cielos al reflejo de la lucha guerrera; es enseguida el fracaso de la igualdad que abre el camino a su aristocracia; es, más adelante, la reafirmación del trascendentalismo cristiano en las clases inferiores; y es, finalmente, el convecimiento que llena la nueva cultura ética de que la guerra es necesaria, no como un mal sino en calidad de elemento de triunfo.

La ética latina habíase hecho fecunda al calor burgués del ideal pacifista. Una generación idealista había propalado las santas palabras del Derecho, y el Bien y el Mal, ya como valores absolutos, ya como valores relativos, habían quedado fijados en las conciencias. La guerra, recurso extremo, calamidad máxima, habíase, hasta donde fué posible, reglamentado en un loco sueño de organizar y limitar su crueldad. Los pueblos trabajaban felices y el humo de las fábricas escalando el cielo tejía en el azul un poema optimista. París, maravillosa dualidad, se hacía fecunda en la ciencia con el trabajo de sus laboratorios, mientras en sus noches de oro bullía la colina de Montmartre. Roma, llena de nostalgias paganas, dormía su sueño de vieja matrona al amparo de las siete colinas clásicas. Madrid, aferrada a la tradición, centralizaba una vieja concepción histórica desdeñando en su orgullo de «antigua rica» las nuevas corrientes sociales y políticas. El valor de la vida era para los pueblos latinos, un valor optimista.

Y ese valor optimista se hunde en las ruinas de Lieja, fracasa en las charcas del Iprés, se despedaza en las cúpulas aceradas de Amberes, quiebra

(1) Guiessepe Rensi. *El genio ético*. (1912).

en Reims destruida, y de las ruinas humeantes que marcan las ciudades arrasadas, como hijo de un espasmo apocalíptico, yérguese el símbolo pesimista. No más creencias en el derecho ni en la bondad humana. No más esperanzas de perfeccionamiento moral en el avatar del hombre en su conquista de la vida y de las cosas. Ese mundo que vivió la guerra ¿qué pensará de la eficacia del amor a la sabiduría, al bien, al trabajo, que hubieron de infundirle los sabios y sus libros? ¿qué pensará de las ingenuas aspiraciones del Arte y de la Ciencia, de la filosofía y de la poesía? ¿qué pensará del valor de los compromisos firmados, del valor de la cultura, de la civilización, de la fraternidad humana? La madre enlutada que no ve el valor político de la guerra y sí el negativo de la pérdida de un hijo, ¿qué pensará de la bondad de los hombres? La niña violada que escuchó la orden de fusilar a su padre y sus hermanos, mientras en el piano vibraba Beethoven y había voces de orgía en las calles aldeanas ¿qué idea tendrá de la hidalgía de los hombres? Aquellos que escucharon la orgullosa y altiva respuesta del capitán alemán: ¡La Historia! ¿qué nos importa la Historia, señor? La escribiremos nosotros!... ¿que valor han de dar al juicio del mañana? Solo un escepticismo absoluto que crea en valores relativos podía derivarse de todo esto y la prescripción de la lógica se ha cumplido ampliamente: hoy es el mundo latino el más firme baluarte del escepticismo.

¡El escepticismo!... he aquí lo fundamental del super-hombre de Zarathustra. Sólo un escéptico, un relativista ético, puede tener el *sentido de la tierra*, sólo la duda en todos los valores afirmativos puede ser el *puente para lo porvenir* que exigió el ermitaño al abandonar su gruta solitaria. No ha de ser éste un suave excepticismo amable tal el de M. Bergeret, sutilmente irónico al valorar las cosas. No ha de ser tampoco el de Cándido, burlón e inconsecuente. El escepticismo del super-hombre, tal como considera Nietzsche esa posición filosófica, ha de ser rebelde en esencia y tender a destruir lo que está fuera de él para desarrollar después sus valores personales. El super-hombre es, paradójicamente, un escéptico que cree en sí mismo y en el triunfo final de su especie. ¿Paradoja? Bien, recordemos que a lomo de la contracción galopamos hacia todas las verdades.

A. LAMAR SCHWEYER

Habana, 1923.

2) Página lírica
de Luis L. Franco

(Véase el número anterior).

PURIFICATE

Purifica tu cuerpo,
sé el domador y amigo de tu sexo.

Purifica tu fuerza
en la lucha alegre y bella.

Purifica tu boca
en la palabra justa y hermosa.

Purifica tu corazón
en el amor.

Purifica tus ojos, oh hermano,
y verás que el mundo es un milagro.

FIGULINA

Linda como una manzana
la hija de la lavandera.

De mañana cuando viene
se pone alegre la senda,
y es de ver cómo los ojos
se vuelven sólo por verla:
la tinajuela del agua
coronando su cabeza,
bata blanca lunareada
de rojo, pollera negra,
mostrando un poquito a veces
la blanca enagua parlera,
descalza para más gloria
de las muy garridas piernas...

Linda como una manzana
la hija de la lavandera.

HILARITAS

Necessitá, comme l'urto
del pié nella danza tu eri!
G. D'A.—*Laudi.*

La mañana
es fresca como la hoja del membrillo.

Oler, oir, tocar, gustar,
ver... Avidez genuina de los cinco sentidos!

Y este contentamiento
de pájaro, melódico, alado, cristalino;

Sentirse fuerte, y ágil
como si se tuviera pies de chivo;

Danzar la danza más ligera
para embriagarse de aire matutino,

Mientras en vago anhelo de ser flautas
suenan las cañas llenas de misterios anti-
[guos.

La vida es simple, simple
como el gusto del agua, como el olor del
[lirio.

LA LLUVIA

El nubarrón tupe su velo.
Hay un profundo anhelo.
Un rayo... Un trueno... Y se abren las com-
[puertas del cielo.

Y el agua dulce y bienoliente
desciende oblicuamente
y une a la tierra oscura su vida transparente.

Frescor de lluvia, alma caricia;
olor de lluvia, albricia
santa; rumor de lluvia, innúmera delicia.

La savia da su generosa
frescura en la olorosa
brisa. Oh, esa morera, crespa como una rosa!

Con pánico ímpetu vocal
en el cañaveral
de la orilla recréase el respiro fluvial.

Y ríe ya el azul benigno
en el divino signo:
el arco-iris, lira de la luz, canta su himno.

MOZAS DE CANTARO

...a la hora de la tarde, a la hora
en que salen las mozas por agua.
Génesis. 23-11.

Mansedumbre amorosa del ala del palomo
la del largo crepúsculo... El agua de la
[acequia
ahora canturrea más clara. Un cinamomo
con su aroma antiquísimo y religioso obse-
[quia.

Las lentas aguadoras han llegado a la
[acequia·

Y cada cual su cántaro bruno o bermejo
[llena,
tapándole la boca con follaje, sin prisa.
La acequia está olorosa de menta y hierba-
[buena.

Y el pintoresco grupo dice, entre risa y risa,
sus bromas y sus chismes. Fluye el agua de
[prisa.

Y poniendo un rodete de trapo en la ca- [beza,
alzan, corona fresca, la tinaja cantante.
Y vuelven al camino. Con donosa destreza,
muchas de ellas, llevando las manos ade- [lante,
hacen girar el huso ligero y susurrante.

El esfuerzo del cántaro da relieve a los [pechos.
Brillan los ojos zarcos y los ojos oscuros;
las curvas de los cuerpos y de la senda, a [trechos,
se confunden en besos armoniosos y puros.

Del cántaro hermanitos menores son los [pechos.

Se ve piernas morenas y se ve piernas [blancas,
y tobillos desnudos, así como en un friso.
Algunas trenzas rozan las ancas. Y las ancas
se mueven con un ritmo preciso e impre- [ciso...

El desfile es tan puro, que se dijera un friso.

Mansedumbre amorosa del ala del palomo,
la del largo crepúsculo.·.· El agua de la [acequia
ahora canturrea más clara. Un cinamomo
con su aroma antiquísimo y religioso obse- [quia.

Las lentas aguadoras retornan de la acequia.

MAÑANITA NUBLADA

Madrugo con los pájaros, y salgo.
Anoche lloviznó un poco. En la senda
ligeramente humedecida y bruna
mis pasos dejan las primeras huellas...
Como un sediento el agua, bebo el aire.
Da gusto este olor nuevo de la tierra.
Parecen unas cabras en las lomas
las casitas aquí y allá dispersas.
La mujer del herrero, mi compadre,
pasa con un chiquillo a la cadera;
su plácido y cordial «muy buenos días»
como un conjuro de salud me suena.
Como una golondrina, en el aljibe,
el agua dulce y gárrula gorjea.
En un gajito seco, una paloma
se espulga el buche. Allí, bajo la higuera
que da sombra al camino, una muchacha
de trenzas rubias y redondas piernas,
más lista que los pájaros, les *roba*
con una caña la primera breva.

ROMANCILLO DEL POETA QUE VOLVIO A SU ALDEA

Soldado que herido
vuelve de la guerra,
pobre, enfermo, triste,
el volvió a su aldea.
Pero, con gran suerte,
fué en la primavera.
Y ella lo esperaba;
pensando en su ausencia,
ella lo esperaba,
noviecita ingenua.
Y él sanó de gusto...
Sí, de sólo verla.
¡Ah, qué linda estaba
su aldea morena,
vestida de rosa
claro y de inocencia!

MAÑANA

Se apaga el lucero... Se apagó el lucero...
Las campanas abren las puertas del cielo.

Por la senda cruzan las lecheras. Muge
una vaca blanca de rosadas ubres.

Ingenuo y alegre lo mismo que un novio
llega el sol, corona del monte amoroso.

Vienen a la acequia las mozas de siempre.
Como el cielo, el agua, de clara, es celeste.

LA CASA

Bienhaya bajo el sol la santidad del día,
y esa chispa del sol: el fuego del hogar,
y ese cantor del sol: el gallo siempre alerta;
la casa abierta siempre para todos igual,
y estas gentes que guardan el candor de [otros días:
bienhaya ahí a la sombra del árbol tutelar
(el algarrobo indígena que tiene años como [hojas)
la viejita que arrugan la sonrisa y la edad,
y ese viejo de barbas llenas de temblor santo,
y esa chiquilla que hila con tan prolijo afán,
y ese agricultor joven, nudoso y laborioso,
tierno junto a su tierna mujer que siente ya
bendecido su vientre, bendecida su dicha...
Y bienhaya el mortero que está bajo el [nogal,
y el grano de la troje, y el agua del aljibe,
y el buen horno de barro donde se cuece [el pan,
y el perro que dormita junto al umbral [de piedra,
y con su tela a rayas alegres, el telar
(el mismo de la Biblia), y la viña madura,
como granada abierta de prieta y de feraz,
y, hecho de todo el cuero de un buey, el [lagar hondo,
y el burro que de pronto rebuzna en el [corral,
y el camino pacífico y pardo como el burro,
y la cocina humilde de donde asciende en paz
el humo que sin duda, por azul, se va al [cielo...
Y bienhaya esta vida simple como la sal.

(Del tomo *Libro del Gay Vivir*, por LUIS L. FRANCO. Buenos Aires. 1923).

Conviene que haya herejes

Oportet hæreses esse, conviene que haya herejes, dijo San Agustín. Tengo más fe en San Agustín que en Carlos Maurras, el apóstol del autoritarismo nacionalista, que, según un suelto entusiástico de *L'Action Francaise*, escrito para celebrar el golpe de Estado español, va conquistando el litoral del Mediterráneo: Turquía, Egipto, Grecia, Italia, España (copio a *L'Action Francaise);* pero que aún no ha conquistado a Francia, aunque *L'Action* lo desea. Maurras es un apóstol para los gentiles, un apóstol para fuera de casa. En los momentos más críticos, los *camelots du roi* no han conseguido más que apabullar el sombrero de copa del presidente de la República, en las carreras de Longchamps. Eso ocurrió en la agitada época de Boulanger y de Dreyffus. Ahora, los nacionalistas influyen, pesan en la política francesa; pero si quisieran imponer a monseñor el duque de Orleáns, los *sergots* les llevarían a la cárcel, a pesar de su ternura por el nacionalismo, y *L'Action Francaise* sería probablemente desarraigada como lo fueron las órdenes religiosas cuando se lanzaron a hacer política antirrepublicana. Aunque los nacionalistas miren a Anatolio France como a un Anticristo, la lectura de *La isla de los pingüinos* ofrece útiles advertimientos a los fieles de Maurras y a los secuaces de León Daudet.

Pero a lo que vamos. Allá se las arreglen los nacionalistas franceses, mientras no nos exporten con demasiada insistencia sus productos. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

* * *

Hablábamos de San Agustín con vista a la España presente, lo cual es un regular rodeo, disculpable en las presentes circunstancias. Conviene que haya herejes. Esta máxima del sabio obispo de Hipona ha hecho poca fortuna en las ortodoxias. Las ortodoxias no suelen comprender la utilidad de los herejes, ni los Gobiernos tampoco. En las Repúblicas, los herejes son los disidentes, la oposición.

El ímpetu biológico tiende no sólo a la defensa, sino a la destrucción del obstáculo. Esto que en el campo puramente biológico, en el mundo vegetal y en el mundo animal está guiado por espontaneidades oscuras o por instintos, se torna mucho más complicado y peliagudo cuando de la biología se sube a la historia. También en las Repúblicas, es decir en las Sociedades políticas, se siente el ímpetu biológico de suprimir el obstáculo, de perseguir al hereje. Pero San Agustín tenía razón. Los herejes, los disidentes, son útiles.

A cualquier sujeto particular o público, sea personaje, sea Juan Vulgar, le agrada que no le lleven la contraria.

Es un placer engañoso. La crítica es más saludable que la adulación, aunque no sea dulce como ésta, y preferible al silencio, que es muy lúgubre. Un Gobierno sin oposición es un Gobierno al que le falta algo. Está condenado al monólogo, que en todos los teatros es lo más difícil y lo más peligroso. El diálogo llena más la escena, suscita la réplica, interesa al auditorio. Por eso, los monólogos tienen que ser breves.

Suprimir las resistencias produce una economía de fuerzas, pero la falta de resistencias, aumentando la velocidad puede conducir al despeñamiento. El que no tiene críticos, tiene que ser crítico de sí mismo, que es lo más difícil, a pesar de todas las autocríticas que escriben los autores dramáticos y otros, y que en la mayoría de los casos son autobombos.

El drama de los Gobiernos débiles es que no pueden hacer nada, y el drama de los Gobiernos fuertes, que pueden hacerlo todo. Se les piden milagros, por lo mismo que las gentes creen que lo pueden todo, ya que nadie les va a la mano. Ellos mismos, viendo ilimitado su poder, pueden lanzarse a peligrosas demasías. Y la verdad es que la fuerza de los Gobiernos fuertes es una fuerza relativa, como todo lo humano, y hasta más relativa o menos fuerte que otras cosas humanas. Un Gobierno fuerte puede reducir al silencio a sus enemigos, desterrarlos y hasta fusilarlos; pero no puede fusilar a los problemas. Estos son los adversarios de más cuidado. Los verdaderos enemigos a quienes tiene que vencer el Directorio, y si no los vence no habrá hecho nada y pronto se extinguirá el aplauso que le han dado, más por lo que se iba, que por lo que venía, son los problemas nacionales pendientes. Los partidos o expartidos políticos que se han caído solos, de puro maduros para la caída, y con los cuales se encarnizan ahora los que los han padecido y hasta los que se han aprovechado de ellos, que tal es la condición humana, son unos míseros adversarios comparados con los problemas económico, social, marroquí, etc., etc., y siguen las etcéteras, porque lo que es problemas no faltan.

Es verdad que la oposición y la crítica no suprimen los problemas. Mas aparte de que pueden contribuir a ilustrarlos cuando son razonadas, producen el efecto de repartir la responsabilidad. El crítico es un colaborador. Un Gobierno con oposición tiene la disculpa de que no le han dejado hacer. Un Gobierno sin oposición, lanzado al monólogo, como está solo en la escena, es responsable de todo a los ojos del público, de lo que puede y de lo que no puede. Fuera de que siendo la crítica inherente a la naturaleza humana, cuando no se la deja explayarse fuera, se puede meter dentro como las erupciones, y ser entonces más peligrosa.

* * *

El régimen imperante ha declarado, si no me engaño, que no pretende suprimir la crítica. Sólo declara *tabou*, cosa vedada, ciertas cuestiones. Pide que se le dé un plazo para juzgarle, pretensión razonable. Pero también es razonable que la opinión pública, escarmentada de tantas declaraciones de otros gobernantes, observe una actitud expectante y no se entregue de buenas a primeras a una fe exagerada. El Gobierno dice que no quiere suprimir la crítica, ni ser más que un médico, deseoso de dar cuanto antes de alta al enfermo y marcharse. Obras son amores. Allá veremos.

Una de las cosas *tabou*, de las que no pueden tocarse, es el origen del actual estado de cosas, que quiere disfrutar del fuero del hecho consumado. Hablando con la imparcialidad que me he propuesto, digo que esta es cuestión secundaria. No estoy muy lejos de pensar con el profesor Duguit que la soberanía es una cuestión de hecho, doctrina a la vez positiva y revolucionaria, que en el fondo es la misma del hecho consumado. Como no hay nada nuevo debajo del sol, según dicen, esta doctrina tiene cierta filiación respecto de la que profesaron muchos teólogos y juristas acerca de la distinción entre legitimidad de origen y legitimidad de ejercicio en lo referente al Poder público. La legitimidad de ejercicio es más importante que la legitimidad de origen, es decir, que gobernar bien absuelve de haber llegado a gobernar por mal camino. Esto lo comprueba la Historia, y lo ha sancionado el pueblo, «origen de todo derecho y fuerza», según ha proclamado el general Primo de Rivera en un reciente documento, y hasta los poderes espirituales, como hizo el Papa en el caso histórico de Pipino el Breve. Los mayordomos de Palacio se sobrepusieron a los últimos degenerados merovingios, llamados, en la Historia de Francia, reyes holgazanes, *les rois fainéants*, y Pipino acabó por proponerle al Papa Zacarías, aquella célebre cuestión sobre si no convendría que fuese rey de derecho el que lo era de hecho.

Si el Directorio gobierna bien y vence a los problemas, poco importará que se haya pronunciado. Pero haga caso a los Padres de la Iglesia. Acuérdese de San Agustín. Conviene que haya herejes.

E. Gómez de Baquero.

(*El Sol*, Madrid).

¿Repulsa a la tradición?

Por disentir los juicios de *Azorín* sobre el teatro clásico de los del doctor Froberger, dice *El Debate* que: «La llamada generación del 98, a pesar de contar con escritores de talento literario, no ha ingresado en el torrente de la vida nacional, precisamente por su repulsa a la tradición genuina de España. Esta es la causa de su evidente fracaso.»

¿Por qué se ha de condenar a toda una generación por los pecados de uno de sus hombres? La crítica de *Azorín* no me ha gustado nunca tanto como su arte. Y la crítica de los clásicos no es faena característica del 98 sino labor realizada generalmente por hombres que se dieron a conocer antes y después de los llamados del 98.

¿Repulsa a la tradición? Hace veinte años que vengo diciendo que el pueblo que descubrió y conquistó América y contuvo y expulsó finalmente a los moros de tierras europeas, con lo que hizo posible, mientras se sacrificaba y desangraba en Las Navas, el maravilloso siglo XIII, padre de la cultura de Occidente, no necesita de otros títulos para ser una de las grandes naciones del mundo.

Pero una cosa es la tradición y otra los tradicionalistas. ¿Qué instinto suicida liga a nuestros tradicionalistas con esos siglos XVII y XVIII, de decadencia y ruina, en vez de buscar el agua de la vida española en el manantial de donde nace? Lo que hicieron algunos de los hombres del 98 fué precisamente amar a Berceo, a Manrique, a Santillana. Rubén Darío fué su mayor devoto. Actualmente es el poeta más leído en los países de lengua castellana. Eso por lo que aspecta al éxito literario.

....

Ramiro de Maetzu.

(*El Sol*, Madrid).

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Los primeros trabajos

Alajuela, nov. 12 de 1923.

Sr.

D. Joaquín García Monge

San José

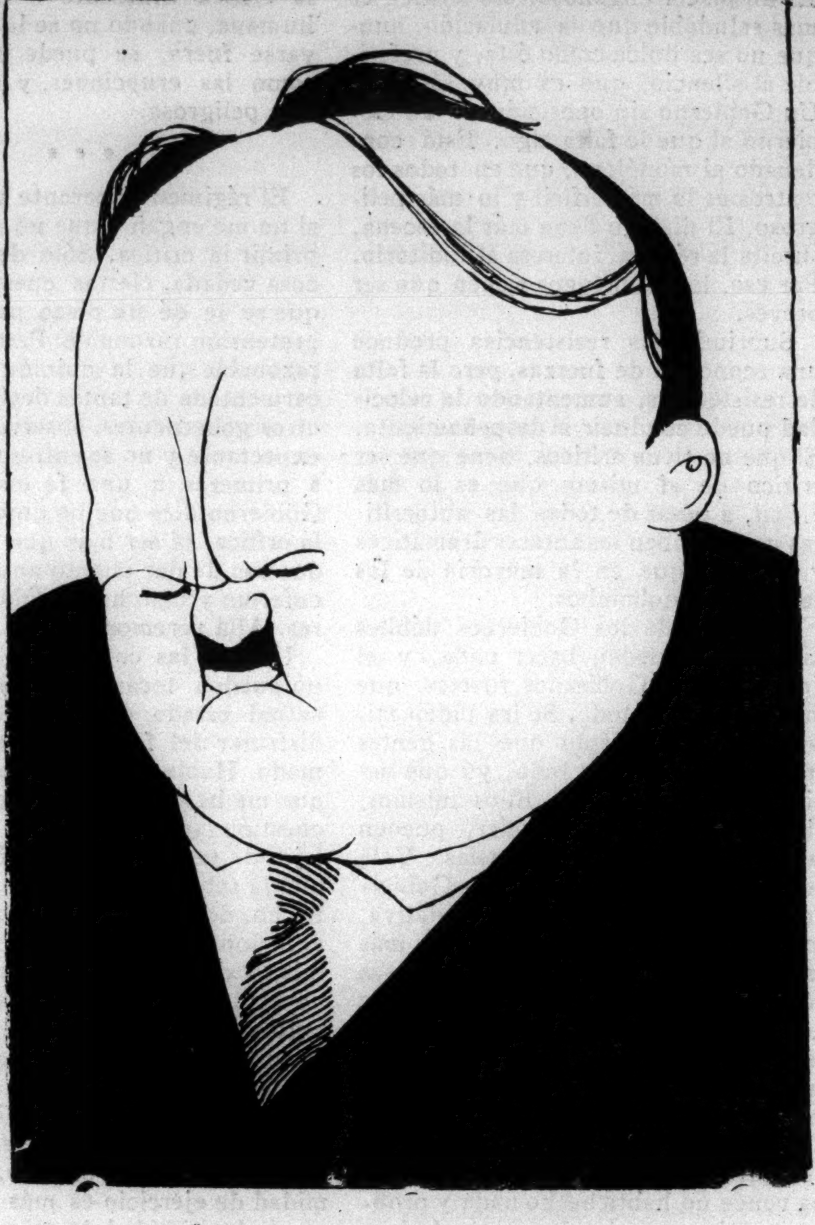
Señor de toda mi admiración:

Ud. dispensará. Yo soy el autor de la caricatura suya que apareció anónimamente —en cuanto a factura—en *La Tribuna* de ayer domingo. Se la adjunto a la par de la de Mr. Coolidge, que es inédita y que he «chorriado» exclusivamente para Ud., asiduo admirador de Bagaría, el español; de García Cabral, el mejicano y del peruano consagrado en la Argentina, Málaga Grenet.

Han sido ellos mis maestros, viéndolos en su revista y es así como quiero que mis primeros trabajos sean humildes pruebas de agradecimiento al director del REPERTORIO AMERICANO.

Quedo de Ud., con todo el respeto, seguro servidor

PACO RODRÍGUEZ RUÍZ



El editor del REPERTORIO AMERICANO

(Cortesía de *La Tribuna*)

Visto por PACO RODRÍGUEZ RUIZ

El ex-Presidente Menéndez y Rubén Darío

GOBERNABA en El Salvador el General Francisco Menéndez, por los años de 1888 a 1890, y llegó Rubén Darío en aquel tiempo a avecindarse en la capital de dicha República.

Muy pronto fué presentado el poeta al Presidente, y desde luego también se estableció entre ellos una corriente de simpatía y la más cordial amistad.

El General le franqueó las puertas de la casa presidencial al recién llegado, y lo presentó a su familia; y Darío correspondió a esta demostración de elevado aprecio, con la más exquisita reciprocidad de sentimientos.

El General Menéndez era un hombre honrado a toda prueba, y por su labor patriótica y sumamente útil, puede entrar en parangón con las más conspicuas personalidades de la historia centroamericana.

En la vida social él y su familia eran afables, modestos, afectuosos y sinceros.

En su vida pública fué Menéndez modelo de ciudadanos y de patriotas. Un distinguido literato salvadoreño, lamentando su muerte, decía que fué «tipo de la edad pasada, muy raro en la edad presente»; y su compatriotas, recordando sus virtudes cívicas, le han llamado el Cincinato salvadoreño.

Llegó a la presidencia en concepto de jefe de una revolución popular, y con sus actos de mandatario, pudo demostrar que merecía el título de benemérito de la patria que se le confirió.

Su administración se ha hecho notable por haber promovido y fomentado muchos progresos en los diversos ramos, y muy principalmente, por haber atendido con preferencia la educación pública. Puede decirse que en su tiempo hubo florecimiento de la instrucción en El Salvador.

Tan entusiasta era de la enseñanza, que su mayor goce consistía en sus constantes visitas a las escuelas primarias de la capital, y en los viajes que hacía al pueblo de su nacimiento, Ahuachapán, a las de aquel lugar, con el fin de cerciorarse personalmente del estado en que se encontraban esos planteles, y de lo que les hacía falta, para proveerlos como en efecto los proveía, de toda clase de elementos.

Fué deferente para con los maestros

de escuela, a quienes consideraba como altos funcionarios del Estado; verdaderos sacerdotes del bien y obreros infatigables del progreso nacional, merecedores de la mayor estimación y del más elevado reconocimiento.

Fué militar; pero un militar pundonoroso, caballero de la libertad, sin miedo y sin tacha. En un banquete que se le ofreció, en recuerdo del triunfo de la revolución que había encabezado, brindó con las siguientes palabras, significativas y elocuentes, nacidas de su corazón de patriota: «Brindo por la espada; pero no por la espada que humilla y despotiza, sino por la espada que redime»!

En esas palabras está condensada la historia de los libertadores de la humanidad, y también la de los opresores y tiranos. Desprecio y oprobio para los que oprimen y honor y gloria para los redentores, para los buenos, para los que batallan por la justicia y el derecho.

Allí se nos presentan las figuras resplandecientes de los próceres y de los héroes.

Simón Bolívar, con su aureola de genio, ungido de la gloria; semidiós de las naciones de este hemisferio.

Washington, padre y libertador del gran pueblo americano; el más equilibrado en la grandeza; benefactor de los hombres.

San Martín, el General de los Andes; héroe de la independencia; también padre y libertador de naciones.

Benito Juárez, el más grande representativo de la raza de los Montezuma y los Guatimocín; luchador por los derechos humanos.

Sucre, el Bayardo de la libertad, paladín de las instituciones libres.

Kousciusko y todos los que han blandido su espada en bien de la humanidad, van pasando ante la evocación del brindis del ex-Presidente Menéndez.

Y éste que abrigaba tales ideas en su mente y tales principios en su corazón, practicó esas ideas y esos principios, cuando dirigió los destinos del pueblo salvadoreño.

Nunca dispuso a su antojo del tesoro nacional; sus manos jamás se mancharon con el peculado, pues manejó con pureza los caudales públicos. Pero ocupaba en provecho de la nación las aptitudes de los individuos; y más aún de los jóvenes talentosos y honrados, a quienes atraía con benevolencia.

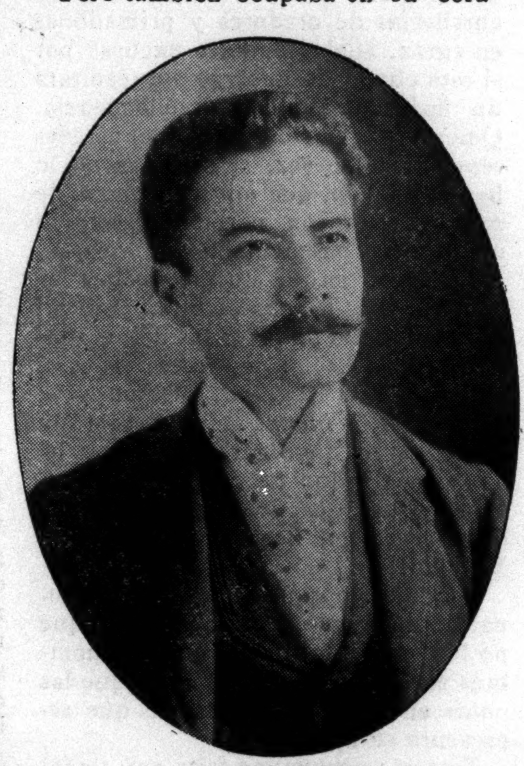
El genial poeta Rubén Darío tuvo que recibir la decidida protección del gobernante salvadoreño, para emprender trabajos literarios y periodísticos, relativos a los grandes ideales patrióticos que el Presidente acariciaba.

Este se distinguió por su patriotismo, y Darío en la juvenil edad de los veinte años, de que nos habla el insigne Lamartine, en que los hombres son todo corazón, comprendiendo la alteza de sentimientos del Presidente, hizo causa común con él en una labor proficua por la patria.

Se vió entonces conformidad, atraídos por los mismos generosos anhelos, del valor con el genio; de la poesía con la austeridad republicana. El divino Platón no habría encontrado motivo entonces para renegar de los poetas y pedir su destierro. Darío representaba la gloria de la literatura y Menéndez la de la democracia.

Este vivía para servir a su patria desinteresamente.

Pero también ocupaba en su corazón lugar preferente una mujer, que era muy bella y virtuosa: era su hija Teresa.



RUBÉN DARÍO
(En 1892)

Los grandes hombres tienen que rendir sus afecciones a una mujer, ya sea madre, esposa, hija o hermana, y el general Menéndez, que fué grande por sus merecimientos, adoraba a su hija Teresa.

Y ella era la que llevaba la representación de la Presidencia socialmente, y la que hacía los honores en las fiestas que se efectuaban en la Mansión Presidencial. Y cuando se hacía más digna de estimación, era en las fiestas íntimas de aquella casa.

A algunas de estas fiestas asistió Rubén Darío, que fué siempre sumamente afable y cariñoso con la hija del general Menéndez.

Y tanto por las cualidades que distinguían a ésta, como por el aprecio y consideraciones a que era acreedor el general, y acaso como una manifestación de la gratitud del poeta hacia el Presidente, en más de una ocasión dedicó a Teresa inspiradas estrofas de su admirable numen.

A continuación reproducimos una de esas composiciones:

EN EL ÁLBUM DE TERESA MENÉNDEZ

Yo saludo a la aurora, al ave, al astro,
la rosa de inefable resplandor;
al lirio cincelado en alabastro,
cuya corola es nido del amor.

Saludo al ángel de alas sonrosadas,
que crea un universo con mirar,
pues tienen, por divinas, sus miradas,
de dicha un cielo y de esperanza un mar.

Gloria del sol, estrella bendecida,
dulce princesa, corazón triunfal,
tú estás en la alegría de la vida
como una perla en vaso de cristal.

Perla oriental, espíritu de fuego,
que vas volando de la dicha en pos,
Dios llenará con su bondad tu ruego
porque eres digna del amor de Dios.

El pueblo de El Salvador se sentía satisfecho de su mandatario, cuya actuación administrativa le había hecho palpar los benéficos resultados del respeto y acatamiento a las instituciones.

Se acercaba ya el tiempo en que debía elegirse el sucesor del General Menéndez en la Presidencia, y mucha agitación se experimentaba en el país, a causa de algunas ambiciones que se habían despertado.

Por distintos medios fué informado el Jefe del Ejecutivo de un complot que fraguaba el Inspector General del Ejército, a quien el General Menéndez quería y distinguía como a un hijo. Imposible le era creer en semejante deslealtad; pero los hechos vinieron a demostrar la certeza de los informes.

En la mañana del 22 de junio de 1890, se había verificado una revista militar, en celebración del aniversario de la entrada triunfal del ejército a San Salvador, comandada por el propio Inspector General, de las fuerzas formadas por un batallón que él había traído de Santa Ana, y de otros cuerpos de tropa de las guarniciones de la capital.

Y en la noche del mismo día se efectuaba un baile en la casa presidencial con el mismo motivo. La concurrencia era numerosa y se entregaba a la alegría más completa.

Eran las últimas horas de esa noche cuando se presentó el batallón venido de Santa Ana, frente a la casa presidencial, én actitud rebelde, desconociendo la autoridad del gobernante y proclamando como tal al Inspector del Ejército ya mencionado.

El General Menéndez se encontraba

en su dormitorio un tanto delicado de salud, y al notar lo que ocurría, apareció en una de las ventanas del segundo piso de la casa, desde donde arengó a aquella fuerza, la que, al imponerse que se trataba de una sublevación contra el Comandante General de la República, intentó retroceder y hacer una manifestación de simpatía al Presidente. En aquellos precisos momentos, éste bajó con dirección al lugar en que se encontraban las tropas, y al traspasar los jardines de la misma casa, sufrió un síncope que le produjo la muerte.

Tan desgraciado suceso vino a favorecer el éxito de la rebelión.

La Guardia de Honor había tratado de conservar el orden constitucional; pero quedaron infructuosos sus esfuerzos, por el fallecimiento del Presidente.

Aquellos acontecimientos produjeron un inmenso pesar, y llenaron de luto a la patria.

Los alumnos de la Escuela Politécnica Militar, que eran jóvenes pundonorosos y dignos, pidieron hacer guardia y honores al cadáver, lo que les fué concedido.

Los autores del golpe de estado reconocieron las virtudes cívicas del exmandatario, y ya posesionados del mando supremo del país, hicieron consignar en el editorial del periódico oficial del siguiente día, estas palabras: «Benéfica por muchos conceptos fué la administración del ilustre general Menéndez».

El entierro que se verificó pocos días después, fué una gran manifestación de duelo de todas las clases sociales.

Rubén Darío se ausentó del país y publicó la *Noche negra*, en que anatematiza a los culpables.

Y se ha dicho que esos mismos sucesos que hemos narrado, le dieron motivo para la composición titulada *A Colón*, y que concluye con la invocación siguiente:

Duelos, espantos, fiebre constante,
en nuestra senda ha puesto la suerte triste.
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

F. Martínez Suárez

San José, Costa Rica,
23 de noviembre de 1923.

Columbus Day

[Conferencia leída en el Club Español de Boston].

Señoras, Señoritas y Caballeros:

Desde que tengo uso de razón (supongo que nadie objetará mi racionalidad ni el uso que hago de ella) no sé de un solo cantante aficionado que no padezca de catarro cada vez que va a hacer sus gorgoritos musicales, ni de ningún conferencista novicio a quien no tome de sorpresa su auditorio, sin haberse preparado dignamente para la ocasión. No he de caer yo en estas cursilerías de oradores y primadonas en agraz, adelantándoles excusas por si esta charla de encargo no resultara un finísimo dechado de elocuencia. Quiero por el contrario que ustedes sepan de una vez, si acaso ya no lo han adivinado, que mis deficiencias de conferencista son permanentes y lo que es peor, irremediables.

Primero: porque no me gustan las conferencias, las cuales están para mí en la categoría de las cosas desagradables, verbigracia: ley seca, *movies*, clima de New England, terremoto del Japón, pagar *income tax* y perder un paraguas en un lugar a donde se ha ido con el sano propósito de divertirse, y para que duela más en noche de nevasca, en Boston y en El Club Español!!

Segundo: porque mi aspecto personal no me ayuda y es sabido, aunque no lo diga Quintiliano, que los hombres en el arte oratoria, igual que las notas en la música, valen lo que representa su figura,

Tercero: porque me falta voz, de tal modo, que cualquiera que me conozca sabe que *cheer leader* de Harvard, *barker* de una tienda de judíos, o *preacher* de la Salvation Army son ocupaciones superiores a mis fuerzas. Ahora bien, el orador no necesita tanto de sus ideas como de sus pulmones; su pensamiento no parece funcionar sino cuando está de pié, frente al auditorio inofensivo, y a veces ni aun así, pero Dios o el Diablo,—sobre esto puede haber disputa—, le ha dado el don de hacer frases grandes con ideas pequeñas y de expresarlas de modo heroico, con crescendos arrebatadores, diminuendos y reforzandos, aquí una imprecación solemne, más allá una amenaza tremenda, ora pasajes de entusiasmo con brío y más tarde admoniciones en tono *moderato*. Conozco alumnos de Calíope que serían capaces de decir a ustedes los buenos días con el mismísimo acento de Marco Tulio increpando a Catilina en el Senado Romano, o Patrick Henry exclamando en la Convención de Virginia: *Give me liberty or give me death*. En mis andanzas por Centro América hube de padecer sus discursos pacientemente, comido por dentro de rencor y sin la sabrosa esperanza de Voltaire cuando se hallaba enfrascado en la aburrida lectura de los casuistas: «Ahora os estoy leyendo pero ya me la pagaréis». Tal vez haya en este sentimiento algo o mucho de envidia, pues que a mí me faltan fuerzas para obra de tanto aliento.

¿Por qué entonces he aceptado el encargo de dirigirles la palabra esta noche? Me parece estar oyendo murmurar esta pregunta a las pobres víctimas de mi garrulería que a estas horas no se hayan rendido a los cosquilleos de las alitas del Dios Hipnos (dicho en griego para que se entienda mejor). ¿No es el colmo de la inconsecuencia y de la falta de caridad cristiana venir a darles una lata que no hubiera querido para mí? La razón es una: no pude decirle no al amigo Rivera. Es algo imposible, de toda imposibilidad. El ha de salirse al cabo con la suya. Si ustedes me permiten una digresión, o una indiscreción más bien, les diré que considero una suerte para la moral y las buenas costumbres que nuestro amigo Rivera no haya nacido con vocación de tenorio, pues no habría habido virtud que no se le rindiera. *He woud not take no for an answer*. Además, acabó de decirme la idea de que mi discurso iba a ser *broadcasted* por Godoy, cuya persona sí reune todas las cualidades que a mí me faltan: figura de convencional francés, humor a toda prueba y buena voz; si no me equivoco, allá en sus mocedades fué también un entusiasta del bel canto, uno de aquellos entusiastas del catarro y de las excusas a quienes tuve el honor de referirme antes.

Queda, pues, explicada mi situación de conferencista *malgré moi*, y si alguna queja resultara de esta charla diríjasele al Señor Presidente de este Club, cuya amistosa insistencia tiene la culpa de todo. Oh amistad!, cuántos discursos se cometen en tu nombre!, tentado estoy de decir parodiando la frase de Madame Roland en parecidas circunstancias, y perdonen ustedes el alarde de erudición.

Basta de prólogo. Entremos en materia o lo que es lo mismo metámonos en camisa de once varas, no vaya a resultar esta conferencia como el Pagliaci, mucho prólogo y poca ópera.

Voy a hablar a ustedes de uno de los Conquistadores de América, el pri-

mero en mérito y en tiempo de todos los hombres blancos que vinieron del otro lado del mar con el signo de la cruz y el estandarte de Castilla a realizar la obra de esfuerzo y de energía más estupenda que conoce la Historia. Es bueno y reconfortante en estos tiempos de amilanada voluntad recordar aquellos en que España incorporó a la civilización la mitad del mundo en que vivimos.

No hace mucho celebramos la efeméride grandiosa, la proeza casi mitológica del doce de octubre y surgió otra vez en nuestra mente el semblante austero de Colón e hizo de nuevo nuestra fantasía el recorrido de las carabelas a través del océano lleno de misterio y nuestro pensamiento volvió a padecer vértigo al recordar la enormidad de aquella empresa que completó la esfera y asombró a las estrellas.

Colón es el predestinado de su obra. Su propio nombre parece como un aviso de lo alto; como una consagración del Eterno. Cristóforo! Portador de Cristo en tierras de América! He ahí condensada noble y armoniosamente su misión sobre la tierra y los mares, con Cristo a cuestas en mitad del Atlántico, igual que el otro santo de la leyenda en medio de las aguas de Siria. Místico, iluminado de la fé y del amor, la Iglesia le ha hecho ya lugar en el Calendario y los altares, pero la América, protestante o católica, española o sajona, toda ella, desde Behring a Cabo de Hornos, ha de ser por siempre la peana de su gloria. América es su hija, aunque no lleve su nombre por una injusticia inexplicable del destino. El descubridor y gran Almirante de las Indias murió sin saber que tenía tal hija cuya fé de bautizo aparece por primera vez en las cartografías de Américo Vespuccio. Este astuto florentino fué quien realmente la puso en el mapa *and took the credit of it*.

La suerte nunca anduvo en buenos términos de amistad con Colón; la vida le amargó con pobreza, prisión y desengaños y aun después de muerto parece que continuara su persecución cruel. Media América, la de habla española, se empeña en llamar con otro nombre que el suyo el día de la conmemoración de su hazaña prodigiosa. Fiesta de la Raza. Así reza el calendario cívico de los países indo hispánicos. ¿De qué raza se trata? Sólo Dios lo sabe, que esto, como la Doctrina de Monroe, se presta a interpretaciones, si es la casta ibérica o la casta indígena o la mezcla de las dos. De cualquier manera su figura insigne aparece disminuida y como relegada a la condición de comparsa. Verdad es que España colaboró con sus hombres y dinero en la empresa del descubrimiento y luego la hizo fructífera con sus conquistadores que, cual halcones escapados de una alcándara feudal, volaron por encima de los Andes a dar guerra al Aguila azteca y al Cóndor incaico, pero la obra personal de fé y entereza del descubridor es demasiado grande para caber dentro de los términos de una celebración común. Los sajones han sido más justos de esta vez. *Columbus Day!*, así es como debe registrarse esta fecha en los anales públicos. Por lo menos, así es como la registro yo en mi corta lista de días feriados. Admirador del nauta insigne, adorador del santo y del héroe, pienso que Colón forma parte de un grupo especial de hombres que ninguna raza ni país pueden reclamar para sí. El está sobre todos, más allá de las denominaciones raciales y geográficas, arriba, en la cima a donde no llegan sino los grandes benefactores del género humano. Dediquémosle pues el doce. El y sólo él es el santo de ese día. La Raza puede celebrar su fiesta en otra fecha: cuando Firpo le dé el *knock-out* a Dempsey, por ejemplo.

Desde pequeño tuve debilidad por este andariego y visionario Colón. Me encantaba imaginarlo allá en la desolada playa de Porto Santo, soñando con lejanas y maravillosas Cipangos, frente al Mar Tenebroso, y correspondiendo con Toscanelli acerca de la posibilidad de ir a Levante por el Poniente, lo cual parecía entonces a todo el mundo una paradoja o una locura. Luego me figuraba su viaje a Portugal donde, claro está, no podía convencer a nadie de la practicabilidad de su proyecto, a pesar de que los portugueses estaban entonces padeciendo delirio de navegación. Colón no se desanimaba por esto; enviaba a su hermano Bartolomé a la Corte de Inglaterra y,—lleno de la amargura del fracaso y del dolor de la pérdida de su mujer—, decía adiós al rey Don Juan y se marchaba a España asido a la esperanza de que los españoles no fueran tan duros de cabeza. Pobre y desalentado, le veía llegar, con su hijo Diego de la mano, a las puertas de la Rábida donde era recibido hospitalariamente por el Prior del Monasterio, confesor de la reina y por lo tanto hombre influyente en los Consejos de la Corona. Colón sin reposarse siquiera de las fatigas del camino le hablaba de sus proyectos y conseguía al fin interesarlo en ellos, o como diríamos ahora, que tomara *some stock* en la empresa de llegar a las Indias por un nuevo rumbo. Siete años pasaban en idas y venidas antes de que los reyes, ocupados entonces, como Alfonso en nuestros días, en combatir al Moro, se resolvieran a oirle. Desfilaba en seguida en mi imaginación el Concilio de Salamanca en el que el genio era burlado por la ciencia oficial y declaradas sus ideas heréticas además de insensatas, lo cual no disuadía a la reina de su generoso intento de financiar la calaverada de las carabelas, aunque tuviera para esto que empeñar las joyas de la Corona a algún judío mala fe, si es que para esta fecha no habían sido todavía expulsados. Después he venido a saber que todo esto



MR. CALVIN COOLIDGE

Visto por PACO RODRÍGUEZ RUÍZ

no fué más que una leyenda y que no hubo tal Concilio ni tales joyas empeñadas. «No hubo otro congreso», leo en Blasco Ibáñez, quien de seguro lo sabe de buena fuente, «que una controversia por encargo real con los profesores de la Universidad de Salamanca, y en esta disputa científica, celebrada en el Convento de San Esteban, el profesorado se mostró contrario al descubridor, mientras los monjes dominicos y otros religiosos aceptaban sus planes como verosímiles. Esto se comprende. Los frailes miraban al místico Colón como un allegado suyo, y además eran sacerdotes de vida popular, habituados al contacto con las poblaciones de la costa, que hablaban frecuentemente de las tierras nuevas. La ciencia fué la única que se opuso a los proyectos del descubridor, como tantas veces la hemos visto oponerse a toda innovación. No hay que burlarse por esto de los catedráticos de Salamanca, ni considerarlos ignorantes. Sabían lo que podía saberse en su época y defendían sus conocimientos. Un niño de hoy sabe más que ellos y puede reirse de su ciencia; pero falta saber cómo reirán los escolares del siglo XXV de los sabios que ahora veneramos.

Nadie ha guardado un extracto de esta disputa de Salamanca; únicamente se sabe que los catedráticos negaban a Colón que en tres años pudiese ir y volver, como afirmaba, desde España a la costa oriental de Asia. Y en esto tenían razón. Ellos poseían una idea más exacta del tamaño de Asia y del tamaño de la tierra; daban al océano desconocido un espacio semejante al que ocupan el Atlántico y el Pacífico juntos y lo tenían por inmenso e infranqueable para los medios de navegación de entonces. Pero los pobres sabios de Salamanca, lo mismo que Colón, ignoraban la existencia de América, y América, cansada de vivir en el misterio, salió al paso del navegante, el cual murió ignorándola. Y resultó que los que tenían una noción de la tierra más aproximada a la verdad quedaron ante la Historia como unos borricos, y el visionario que basaba sus planes en que «el mundo es más chico que dicen, y seis partes de él están enjutas y una sola con agua», aparece como un sabio consagrado por el triunfo. Suprimamos en hipótesis el Nuevo Mundo y pensemos qué hubiera sido de Colón, que creía la tierra una tercera parte más pequeña y las costas de Asia a unas setecientas leguas de las Canarias; teniendo que navegar a través de todo el Atlántico y de todo el Pacífico hasta encontrarse con las islas del Japón o las costas de la China. ¡Un absurdo! Una cosa imposible teniendo en cuenta lo que eran las carabelas, su escaso repuesto de víveres y la necesidad de descansar en oportunas escalas. Hubieran perecido al insistir en la empresa, o lo que es casi seguro, se habrían vuelto. Para llegar solamente a las Antillas, el mismo Colón sintió desmayar su voluntad en el primer viaje más de una vez, lo que no es raro, pues la fe más sólida flaquea al verse sumida en lo desconocido. Cuando llevaba navegadas setecientas leguas comenzó a dudar si el Asia estaría más lejos de lo que él creía, y fué entonces cuando Pinzón el mayor, el férreo Martín Alonso, con la testarudez de los hombres enérgicos que esperan salir de un mal paso atropellándolo todo, le gritaba desde su carabela, Adelante! Adelante!»

Ahí tienen ustedes el caso que debemos hacer de las mentiras que nos enseñan en las escuelas. Todavía está vivo entre mis recuerdos de estudiante un cuadro que había en el colegio de Cartago. En él aparecía Colón sentado en un escaño casi cubierto de libros y de mapas, la fisonomía entristecida por la incomprensión de sus ideas, pero al propio tiempo iluminada de la fe interior en su verdad, es decir, en *la Verdad*. Al lado y detrás de él los monjes sonreían socarronamente, debajo de sus mangas, que por cierto las tenían muy anchas. Ah! cuánto odio me inspiraron aquellos frailes gordos y risueños que negaban que la tierra fuera redonda, como si quisieran hacer un monopolio de la redondez para sus panzas satisfechas! Los pobres frailes me perdonen de la inquina gratuita que les tuve de muchacho.

Volvamos a nuestro asunto. Es el año 1492 Colón ha firmado un tratado con sus Majestades Católicas en virtud del cual se le asegura el título de Gran Almirante, el Virreinato de las Indias que descubriese, el monopolio del Comercio, etc., etc. Como se ve Colón, hombre de negocios, no le iba en zaga a Colón, hombre de descubrimientos. Aquí se echa de ver bien su origen genovés que algunos han querido poner en duda. Probablemente sepan ustedes que hay quienes lo creen gallego, fundándose en que por aquel tiempo existía en Pontevedra una familia de Colones y en una serie de circunstancias y detalles larga de enumerar. Yo en estas disquisiciones eruditas no tomo partido y me limitaré a decir que sentiría que Colón hubiera nacido gallego, pues que de ser así, el descubrimiento de América vendría a resultar nada menos que una gallegada.

Según el tratado de Santa Fe a que me referí antes, Colón tenía derecho también a barcos y a una pequeña subvención de la Corona. Nadie ignora que después de tanto pelear contra el infiel, los Reyes andaban escasos de dinero. La guerra de los moros siempre ha sido un mal negocio, aunque haya quienes piensen lo contrario (el Conde de Romanones entre otros). Como el millón de maravedíes no bastaba y la orden real de que le fueran entregadas las embarcaciones no era acatada, ni las gentes querían alistarse para el viaje, la empresa parecía condenada a fracasar cuando un marino adinerado de Palos de Moguer, se presentó en su auxilio. No quiero perdonar la oportunidad de citar otra vez a Blasco Ibáñez.—Ustedes se servirán dispensar que saque todas mis citas históricas de una novela a cuyo autor nunca ha sonreido maternalmente ni mucho menos la musa Clío, aunque tenga a su cuenta varios volúmenes de historia sobre la guerra europea, pero es el libro que tengo más a la mano mientras escribo.—«Y en este apuro, cuando veía su empresa próxima al fracaso, Martín Alonso Pinzón, el rico de Palos, el viejo armador, que podía descansar para siempre de las penalidades del océano, se

ofreció con gallardo arranque a interesarse en la expedición y aventurar en ella parte de sus bienes, la mitad de lo que habían dado los monarcas. El buscó y preparó buenas embarcaciones y puso mesa, según el lenguaje de la época, para alistar marineros, ofreciéndose como fianza a los que quisieran hacer el viaje, y anunciando que él iría también. Esto bastaba para que acudiera la mejor gente de la costa y todos los preparativos se efectuasen con rapidez».

Por fin pudo Colón hacerse a la mar con un puñado de valientes, la bandera de Castilla en el tope de la *Santa María*, una escasa provisión de víveres en la cala, mucha fe y mucha determinación en el alma. Tras él iban Martín Alonso, Capitán de la *Pinta* y Vicente Pinzón, Capitán de la *Niña*. La nave almiranta llevaba de piloto a Sancho Ruiz (probable ascendiente del que escribe) y de principal al cartógrafo Juan de la Cosa. ¡Toda una aventura! Tres cáscaras de nuez que pudo el océano haberse tragado en un golpe de viento. Pero Dios velaba sobre el mar y aquietó sus olas para que las carabelas navegaran tranquilas y Colón pudiera hacer su hallazgo maravilloso. La navegación fué en efecto de lo más serena, casi me atrevería a decir aburrida, si no fuera porque la marinería iba entretenida lo mismo que en el soneto del poeta Heredia, contemplando las constelaciones inéditas del cielo occidental.

Excuso decir a ustedes que en mi clase de Historia se contaban las cosas de otro modo. Según mi maestro había habido días de tremenda tempestad, a extremo de que la tripulación medrosa y angustiada por el peligro, amotinóse contra Colón y le exigió volver la proa a España si dentro de tres días no tocaban tierra.

Otra leyenda! Otra patraña!, exclama don Vicente. «Tenemos el relato del primer viaje escrito por el mismo Almirante, su diario de navegación, que no puede ser más monótono. Viento favorable, buena mar, indicios de tierra, maderas que flotan, pájaros que cantan en los mástiles de las carabelas como anunciando la proximidad de costas invisibles. Pero esto era un fondo poco interesante para la figura del héroe, y muchos años después de su muerte, ciertos historiadores ganosos de dar emoción trágica a sus relatos, inventaron lo de la sublevación de las tripulaciones que, asustadas, querían retroceder, y la amenaza al Almirante de echarlo al agua si no descubría tierra en el plazo de tres días. Y Pinzón juega en todo el papel de un traidor cauteloso que fomenta los miedos ridículos de una marinería ocostumbrada a navegaciones más azarosas... En el relato de su viaje, el Almirante, que era de carácter receloso y muy dado a ver traiciones y asechanzas en todas partes, no dice una palabra de intentos de revuelta, y varias veces durante la navegación aproxima su nave a la de Martín Alonso, le llama, entablan amistosa plática desde el puente y se envían con una cuerda la famosa carta de Toscanelli para esclarecer sus dudas. Colón era de mayores conocimientos científicos que su consocio el marino de Palos, pero reconocía en éste más pericia en el arte de navegar, en el manejo de los buques y de los hombres. Hubo efectivamente un plazo de tres días, mas este plazo no se lo dieron al Almirante sus marineros, sino que fué él quien se lo concedió a Pinzón, que solicitaba cambiar de rumbo».

La providencia dispuso las cosas del mejor modo y la mañana del doce reveló a los ojos asombrados de Rodrigo de Triana las costas de una isla. El grito de contento y de sorpresa que lanzó aquel buen muchacho andaluz se oyó en toda la tierra, tanto o más que el disparo del *minute man* de Concord siglos después, y todavía resuena en los corredores del tiempo. La cosa no era para menos. ¡Tierra! tierra, al fin de una peregrinación tan larga, a bordo de aquellas malditas carabelas, sin ningún comfort, con pésimo servicio de mesa, malos camarotes y toda suerte de inconveniencias, barquitos lerdos y chicos, apenas buenos para andar a lo largo de las costas, pero nunca para aquellas andanzas trasatlánticas. El mismo viaje de los Puritanos del Mayflower, comparado con el de las tres carabelas, podría pasar por una excursión de placer en un vapor de la Cunard Line, pues, a juzgar por el número de personas que aquí se reclaman descendientes de los *Pilgrim Fathers*, aquel buque debió ser de bastante capacidad.

Colón desembarcó ese mismo día en Guananí sin ninguna dificultad. Parece ser que los nativos de aquel país no tenían leyes de inmigración tan estrictas como las que existen ahora, y si acaso las tenían, la cuota correspondiente a España no estaba todavía agotada.

Así fué como—de creer a sabios historiadores—descubrió Colón a América, con la providencia de Dios y la ayuda de España, y así fué como América descubrió a Europa en la persona de Colón, lo que, según Monsieur Clemenceau, es todavía más importante.

MARIO SANCHO

Boston, 1923.

Dietario en Zig-Zag

Hoja fija sobre las hojas revueltas

NOTAS, apuntes, sensaciones, recuerdos, ideas, reminiscencias, sugestiones, deseos, glosas, simplezas, ironías, trazos, evocaciones, caricaturas, anécdotas, pretextos, disparates, ensueños, comentarios, latigazos, aportes, loas, subrayados, cauterios, fantasías, horas, atisbos, epigramas, madrigales, sátiras, ensayos, todo va revuelto en nuestro Dietario.

Parece que al arribar con él a las cuatro esquinas de un cruce de calles, una ráfaga nos hubiera arrebatado las hojas de la mano. Y que revueltas, confundidas, desorbitadas, las hojas, a capricho, hubieran vuelto a amontonarse formando un distinto *Dietario*.

No son hojas dadas al viento, las nuestras. Son hojas que el viento nos robó.

Por eso ha de ser más difícil guiarse entre su laberinto complicado.

Duda

FUIMOS nosotros, al hablar de nuestro arte, o fué Semarendranath Gupta, al hablar del arte hindú, los que dijimos:

«La representación de la apariencia de los objetos en arte no es ni la reproducción, ni la imitación de lo que el artista ve: es una noble interpretación de lo que siente. La característica del arte puro es la expresión del pensamiento y no la exposición de la forma. La precisión del dibujo, la verdad de las proporciones y la construcción no bastan para dar valor a una obra de arte. La libertad de concepción, la originalidad del pensamiento y el sentido sutil de la expresión sugestiva son sus cualidades intrínsecas».

¿Fueron tus manos las que nos precisaron estos pensamientos, o se los precisaron a Semarendranath Gupta las manos de la mujer de los frescos de Ajanta?

Al ver de nuevo a don Ramon del Valle-Inclan

CUANDO aún no le había salido la barba negra, escribió *Aromas de Leyenda*, las *Sonatas* y *Flor de Santidad*.

Cuando le hubo salido la barba negra escribió: *Voces de Gesta*, *Romance de Lobos*, *Aguila de Blasón*, *La Marquesa Rosalinda* y los *Episodios de la Guerra Carlista*.

Cuando se teñía la barba de negro escribió: *El Embrujado*, *El Pasajero*, *Divinas Palabras*, y *La Reina Castiza*.

Hoy, que muestra su barba encanecida, ¿qué escribirá?

Señor: Que haya menos hebras blancas en sus obras futuras que en su barba!

Teatro en Barbados, isla inglesa

CARTELES abigarrados en la puerta de un barracón. Luces que centellean y estrellas altísimas. Leemos en un cartel: *Carmen. A. Dramatic Version of Prosper Merimee. Novel. In Four Acts*.

Entramos. Contadas inglesitas, trémulamente rubias. Contados ingleses rosados. Mucha gente colonial vestida con ropas de mordientes coloraciones de bandera.

Encendida de geranios, martirizada por la hoguera del mantón, alta peineta decorativa y un abanico de plumas de avestruz, aparece en escena una Carmen negra que hace enloquecer de amores a un contrabandista, también negro, y a un torero medio blanco.

Este matiz de color es el que constituye en Barbados, isla inglesa, la fatalidad del drama que Sir Henry Hamilton ha entresacado de la novela de Prosper Mérimée.

Nadie duda de que las preferencias de Carmen vayan al torero que deja, por otra parte, en toda la gente de la isla perfumada y madura—exceptuamos a los contados ingleses rosados y a las contadas inglesitas, trémulamente rubias—un alto concepto de los toreros como clase social.

Día de Otoño

LLUEVE fríamente. Suena la lluvia sobre los árboles que se deshojan y sobre los vidrios del balcón.

Es un día de agua. Caen las horas del campanario tiritantes, empapadas. Horas grises! Horas de un día gris!

Hay días que se marchitan a cada instante. El de hoy no. Llega hasta nosotros como un gato fiel. Y como un gato fiel podemos sentirlo arrastrarse sobre la tumba de las cosas enterradas en nuestra alma, a la caza de la clara ilusión,—mariposa inoportuna y frágil.

Día de ojos lacrimosos, fríos, ciegos de niebla. Día de horas tiritantes, empapadas.

Te señalamos con una gran crisantema otoñal, de largos flecos tristes, dolorosamente morada.

Noche, altas montañas

EN la soledad de los picos, bajo todas las estrellas de esta azul y ardiente oscuridad nocturna del verano, nos acordamos de ti, Beethoven. Y es el silencio agudo, el silencio palpable, el que nos hace oir las notas delirantes de tu Sinfonía Heroica.

Libros

Vapores Españoles

EN la escurrida biblioteca del vapor, pueden solicitarse las obras de Pereda, de Alarcón, de Julio Verne... y puede solicitarse una obra sobre el caso del Reverendo Jacinto Verdaguer.

Los pasajeros leen, por su cuenta, obras nacionales y obras traducidas: Zamacois, Montepin, Insua, Hoyos, Trigo, Gaboriau, Vargas Vila, Marden, Retana.

De vez en cuando, algún viajero intelectual,—centro o sur americano—recibe instrucción y deleite de las refinadas traducciones que la editorial «Prometeo» hace de autores franceses,—pongamos a Huysmans, por caso—Y escribe la crítica de este *escritor nuevo* para algún grande rotativo de su patria.

Vapores Franceses

En la biblioteca, pulida y vistosa, encontraréis: Benoit, Regnier, La Rochefoucauld, Dielhs, Bourget, Montesquieu, Pascal, La Bruyere, De Vogüe, etc. No faltan libros de viajes, de arqueología, Memorias de Reyes y de queridas reales; no faltan libros de crítica, de historia, novelas. Todo discretamente escogido. Literatura que ha creído la Dirección, moderada, aristocrática y representativamente francesa.

Entre el pasaje se da el caso de que un negro colonial lea: *Les rapports de la Matière et de l'Ether* y de que un blanco de París lea *Batouala*.

Vapores Italianos

En los armarios de la Biblioteca, bien cerrados, se encuentran obras de Guido da Varona, de la Serao, de Rosso di San Secondo, de Annie Vivanti, de Bracco; las obras de decadencia y patriotismo de D'Annunzio,—el *Notturno* y los volúmenes fiumeses de cantos y proclamas—las obras de Sem Benelli.

De entre, el único que lee es un adolescente que mira siempre el mar con sus grandes ojos sombríos y profundos. Entre sus dedos pálidos la *Póstuma* de Stecchetti. Los otros se reparten en grupos donde se juega, se hace el amor, o se canta, con acompañamiento de bandurria: *Torna a Sorrento* y *O sole mío*.

Vapores Ingleses

Severos y alineados lucen en los anaqueles de la biblioteca los libros de alta fama. Delante de todos, y en pomposa encuadernación, *Paradise Lost*. Después, en encuadernaciones menos ricas, obras de Macaulay, de Walter Scott y de Dickens. Vienen después aún volúmenes de Lord Lytton, de Sterne, de Goldsmith, de Washington Irving, de Thackeray, de Longfellow, de Conrad, de Stevenson, sin que nunca falte algún *Book of Humor*.

Los pasajeros, mientras juegan al *tennis* en cubierta, dejan en un sillón del *smoking room* el gran nombre y el gran libro que han tenido intención de lucir y de leer. Unicamente algún pas-

tor protestante, que va a Sumatra o a Java, se entera, gracias a volúmenes insignificantes y ascéticos,—para que no llamen mucho la atención en la biblioteca—de los últimos progresos del espiritismo.

Vapores Alemanes

Grandes libros, frondosos libros. Tras los biselados cristales de la biblioteca: Max Müller, Goethe, Hegel, Ricker, Liliencron, Wund, Loens, Spengler, Kant. Van mezclados libros de heterogéneos géneros: de botánica, de filología, de semántica, de astronomía, de fisiología, de filosofía. Hay libros didácticos, enciclopédicos, libros de crítica, de museos.

Pasajeros de cargada frente pasean por la cubierta. Estudian. Lástima que, a veces, si os acercáis al más pensativo, al más calvo, os sorprende encontrarle leyendo,—quien sabe si para conocer a España—la veintésima edición de la traducción al alemán de *La Coquito*.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

Los libros de cabecera

OIGO quejarse a los libreros: ya no se lee. No pienso como ellos. Me parece que se lee demasiado. Demasiado y mal.

La crisis de incultura que atravesamos, honda hasta el punto de poner miedo como una sima que pueda tragarnos a todos, no nace de que las bibliotecas se cierren y las librerías quiebren, sino talvez, por aparente paradoja, de lo contrario, de la prosperidad de unas y otras.

Antes un libro se leía. Ahora se hojean muchos libros. Se lee sin elegir, a la ventura, corriendo detrás de la moda, o del capricho, o de la *réclame*. La versatilidad con que pasamos de libro a libro tiene algo del donjuanismo callejeante de nuestras grandes ciudades. Dos, tres *flirts* para una sola tarde. Dos, tres, más libros para una sola velada. Ya dijo el poeta: «J'ai lu tous les livres et je suis malheureux»; pero su desolada fatiga era bien poca cosa comparada con la nuestra. Si no hemos leído todos los libros, aspiramos a leerlos; y así, al cansancio y al tedio de la lectura, se suman la enervación y la inquietud del anhelo insatisfecho. ¿Qué persona medianamente culta se atreve a declarar con orgullo: «No, no conozco ese libro, ese autor, esa nueva escuela...»? Es de buen tono, casi es obligatorio conocer el último libro expuesto en los escaparates, por el último versificador francés, italiano o autóctono, la última receta literaria descubierta por el último *snob*.

Y cuando, después de esta carrera loca a través de todas las literaturas y de todos los libros, sobrevienen la fatiga y el hastío, ¿tenemos acaso en algún rincón secreto de nuestras preferencias un libro amigo donde reposar? ¿Un libro que sea como un jardín escondido y tranquilo, donde convalezcamos de aquella fiebre? ¡Ay, no! Todos hemos vivido, creo, aquella página en que Jacinto, el príncipe de *La ciudad y las sierras* del grande Eca de Queiroz, deseando recogerse a su cama con un libro, después de contemplar los setenta mil volúmenes de su biblioteca, y revolverlos y derrumbarlos, se decide al fin, descorazonado, mareado, previamente harto, por acostarse con el *Diario de Noticias*. Un libro de cabecera, eso le faltaba al príncipe, como tantas otras cosas amables, en medio de su esplín y del tumulto de la Ciudad. Y si el lector lo ha seguido hasta su aldea, escondida en la sierra, y lo ha visto recobrar la salud, la paz, el contento, la dicha, y reconciliarse con la vida, recordará que Jacinto comprendió un día la inmensa delicia de leer *un* libro. El hombre de los setenta mil volúmenes, ahora, en su casa de Tormes, después de resucitado, era el hombre de un solo libro: la *Odisea*.

Nuestros padres, nuestros abuelos, todavía conservaban su libro de cabecera. Aun podían decir: Mi poeta es éste. Era Goethe, era Schiller, era Byron, era Heine, era Lamartine, era Leopardi... ¿Pero nosotros? ¿Podemos decir en verdad cuál es nuestro poeta? A muchos admiramos, a algunos preferimos, tal vez a uno; pero ¿cuánto tiempo ha transcurrido, lector, desde la última vez que leíste *tu* poeta? ¿o es que me equivoco y lo tienes siempre a mano como un libro de horas?

Para cada cultura, para cada alma, para cada temperamento había una obra inmortal. ¡De cuántos han sido libros de cabecera la Biblia, Homero, el Quijote, el Kempis, leídos asiduamente en los días fastos y en los nefastos, para regocijo o descanso en aquéllos, para distracción o consuelo en éstos! El adolescente o el varón que soñaban con hechos grandes tenían junto a la almohada, su Plutarco; las almas que buscaban alivio a sus pesares, a Marco Aurelio o a Boecio; los hombres reflexivos y tolerantes, quizá algo misántropos, a Montaigne; los *esprits forts* a los enciclopedistas; los soñadores descontentos, a Rousseau; los jóvenes apasionados, el *Werther;* los corazones ligeros y tiernos, fáciles de ganar por la risa y por el llanto, a Dickens...

¿Cómo no he de recordar en este momento a aquel anciano amigo de mi adolescencia, clavado en el lecho por la parálisis, lector insaciable, sí, pero en cuyas lecturas volvían siempre a modo de un renovado motivo, Byron y Voltaire? El me hizo amar a los dos. Y fueron tal vez aquellas blasfemias del *Caín* y aquellas burlas del *Cándido*, las que abrieron la primera brecha en la ingenua piedad de mi niñez, formada sobre los santorales que le leía a mi abuela, mientras ella tejía las gruesas medias de lana.

Porque también nuestras abuelas, aunque nada letradas, tenían su libro de cabecera. En la vejez, la vida del santo de su devoción; antes, en la edad romántica, algún novelón que aun recordarás, lector, haber visto, en tu infancia, andar por la casa, descosido y ajado: *Los Doce Pares de Francia, Genoveva de Bravante...* ¡Pobres e inocentes lecturas! Hoy nuestras muchachas devoran incansablemente, sin volver nunca la vista atrás, las cien novelitas baratas que aparecen por semana; y las más refinadas, todas las *Claudinas* que por esos mundos se publican, toda la literatura de exportación.

Es que vivimos con mucha prisa. Lo sé. No juzgo; comparo. Hasta en la música popular, que parecería, por su naturaleza, deber fijarse por más tiempo en la memoria y en el corazón, el cambio vertiginoso es la ley. ¿Qué se hicieron aquellos valses de ayer, que pudimos creer inolvidables? ¿qué ha sido del tango o del fox-trot del pasado Carnaval, tocados, cantados, silbados por una ciudad entera? ¿quién los tararea ya? ¿cuál es hoy, hoy mismo, el tango de moda? Toda una larga generación, amó arrullada por las romanzas de Tosti; pero, de nuestras canciones, nuestros hijos, ¿cuál podrán recordar mañana con nostálgica melancolía, porque se la oyeron cantar repetidamente a sus madres?

* *

Tengo por cierto que esta mudanza continua del gusto y dispersión del interés, no pueden ser propicias al nacimiento de fuertes y nobles espíritus. Donde no hay concentración no hay riqueza; y bien sabemos

que prácticamente, salvo en rarísimos casos, la extensión se opone a la profundidad. Así como el callejero don Juan al que me refería poco antes, se irá de este alegre mundo de sus fáciles aventuras, sin haber conocido un solo amor verdadero, por igual motivo el lector que mariposea de libro en libro, deshojándolos todos aunque sin libar largamente en ninguno, morirá con el alma vacía. No concibo la existencia de un real talento que no haya sufrido la bienhechora influencia de algunos libros no comunes. Si recorremos la biografía de los escritores ilustres, antiguos y modernos, siempre hallaremos en su iniciación uno o varios autores predilectos. La historia de la literatura es en gran parte la historia de los libros de cabecera. Es lástima que Rodó, en sus *Motivos de Proteo*, libro tan rico de sugestiones, no haya desarrollado con mayor amplitud este aspecto del hallazgo de la vocación. Alude a él en el capítulo donde trata de la lectura como hecho provocador de la aptitud que se reconoce a sí misma, y cita oportunamente, entre otros, el ejemplo de la *Iliada* cuando ofrece a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles, y el de *Los Comentarios* de César, sirviéndoles de consejeros y amigos a Bonaparte y a Condé, y el de *Los Mártires*, que anuncian a Thierry su vocación de historiador; pero la mayoría de las anécdotas citadas por el admirable moralista uruguayo, interesantes todas, son ejemplos del estímulo súbito producido por alguna improvisada lectura sobre almas en las cuales dormía la vocación, sólo esperando para despertarse el *fiat lux*, y no de la influencia tenaz, prolongada, profunda, ejercida por un autor o por un libro sobre un talento. ¿Quién podrá decir cuántos esforzados varones ha formado la asidua lectura de Plutarco? ¿quién sabrá medir la sutil influencia de Maquiavelo? ¿cuántos versos suavísimos ha dictado el Petrarca?

Tendríamos la respuesta, sorprendente, si pudiéramos, videntes del pasado, evocar las vigilias de tantos niños, de tantos mozos reconcentrados y soñadores, que más tarde habían de ser famosos, y llegándonos de noche junto a su lecho leyéramos, por encima de sus hombros, en el libro que están leyendo.

Más de una vez me he preguntado si actualmente leemos por gusto o por deber, por obligación que se nos impone o que nos imponemos. Que si fuera esto último, estaríamos muy lejos de la afición, del entusiasmo, de la devoción de que he venido hablando hasta ahora. Hablo de la afición tenaz a un libro, que hace escribir a Montaigne, a propósito de *Las Metamorfosis*, de Ovidio: «Hacia los siete u ocho años, dejaba por leerlos todos los demás entretenimientos». Hablo de la pasión que Homero, aprendido de memoria, despierta en Schliemann, hasta inducirlo a comprometer todo su haber de comerciante enriquecido, en la empresa de desenterrar a Troya y a las ciudades ciclópeas. Hablo de la devoción que sentía Flaubert por Chateaubriand, a quien veneraba al extremo de declarar que hubiese dado su obra entera por dos líneas suyas.

Leer por leer, sin amor y sin fe, leer porque digan que hemos leído, es otra cosa. El marinero desembarca en innumerables puertos, pero de su fugaz estada en cada uno no lleva a bordo sino un recuerdo vago, acaso alguna ebriedad y mucho cansancio. No se ha detenido en ninguno, en ninguno ha amado, padecido, gozado. Nada podrá construir sobre esas sombras de impresiones. Su alma es un calidoscopio. Pero haced que ese hombre regrese todos los años a su aldea, y ahí, al encontrarse con los suyos y entre las paredes de su casa, reviva los recuerdos de ayer y conciba una esperanza para mañana: podrá después lanzarse de nuevo por esos mares, pero en su alma habrá algo más que una niebla o imágenes; habrá un cariño, añoranzas, ilusiones, fe... Como el marinero que navega siempre, sin parar en ninguna tierra, es el lector de infinitos libros. En cambio podríamos comparar al lector naturalmente curioso de muchas lecturas, pero fiel a unas pocas, con el marinero que de tiempo en tiempo vuelve a sentarse junto al hogar nativo a descansar de las fatigas del viaje y a sentir palpitar sobre su pecho corazones amados.

Comprendo que si viajar es necesario, según dice un viejo lema latino, no lo es menor variar de lectura. No llevo mi razonamiento al absurdo de pretender que nos encerremos en un solo libro. Nos asfixiaríamos, por vasto que él fuera. Pero repetiré con Ruskin: «Hay libros buenos para una hora y libros buenos para todo tiempo». Sin el amor a estos no se concibe la verdadera cultura: sin embargo esa especie de amor va desapareciendo del mundo. Debemos hacer lo posible para que así no sea. Es menester que nuestros hijos tengan sus libros de cabecera y que los frecuenten por amor, no por obligación.

Podríase lógicamente pensar que tal tarea incumbe a la escuela. Pero nuestra escuela va dando tumbos patrioticamente de fiesta en fiesta y de gripe en gripe, y por el momento no tiene tiempo para ocuparse en estos asuntos. Los padres cultos, celosos de la suerte intelectual de sus hijos, están llamados a reemplazarla en la delicada tarea de crear en los jóvenes el amor a las cosas bellas y nobles, entre ellas los libros inmortales. El cariño les sabrá inspirar las artes sutiles que se requieren para triunfar en la empresa, nada fácil, porque el ambiente le es formidablemente adverso.

¡Oh, la enorme atracción que ejerce sobre el espíritu del niño un viejo armario que los mayores abren de tarde en tarde con sigilo y miramiento! Puede ser para el niño como descubrir un tesoro, hallar en ese armario un viejo libro famoso, de cubierta ennegrecida por los años y el uso, y cuyo texto y cuyas láminas, grandes y bellas, le pueblen la fantasía de visiones sublimes o de imágenes rientes.

Yo sueño para mi hijo tamaña aventura maravillosa. Que algún día pueda él contar, como lo ha hecho Enrique Heine, en una página inolvidable, de qué modo descubrió el *Quijote* y recreóse su tierno corazón, leyendo en el jardín de su casa, sobre un viejo banco de piedra musgosa, las nunca oídas hazañas del osado caballero, y cómo lloró hasta el punto de creer que nunca se consolaría, aquel melancólico día de otoño en que llegó al capítulo en donde el Caballero de la Blanca Luna—¡el bachiller Carrasco!—derriba al más valiente y al más noble de los hidalgos.

ROBERTO F. GIUSTI

(*La Nación*. Buenos Aires).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica